

Chasqui

Revista Latinoamericana
de Comunicación

No. 67 - SEPTIEMBRE 1999

Director

Edgar Jaramillo Salas

Editor

Fernando Checa Montúfar

Consejo Editorial

Edgar Jaramillo Salas
Fernando Checa Montúfar
María del Carmen Cevallos
Guadalupe Fierro
Nelson Dávila Villagómez
Héctor Espín

Consejo de Administración de CIESPAL

Presidente, Víctor Hugo Olalla,
Universidad Central del Ecuador
Mary Lou Parra de Hay,
Ministerio de Educación y Cultura
Paulina García de Larrea,
Ministerio de Relaciones Exteriores
Juan Centurión, Universidad de
Guayaquil
Carlos María Ocampos, OEA
Consuelo Feraud, UNESCO
Luis Espinoza, FENAPE
Jorge Iván Melo, UNP
Lenin Andrade, AER

Asistente de Edición

Martha Rodríguez

Corrección de Estilo

Manuel Mesa
Franzisca Muche

Impreso

Editorial QUIPUS - CIESPAL

Chasqui es una publicación de CIESPAL

Apartado 17-01-584, Quito, Ecuador

Tel. 506 149. 544-624

Fax (593-2) 502-487

E-mail: chasqui@ciespal.org.ec

<http://www.comunica.org/chasqui>

Registro M.I.T., S.P.I.027

ISSN 13901079

Los artículos firmados no expresan necesariamente la opinión de CIESPAL o de la redacción de *Chasqui*. Se permite su reproducción, siempre y cuando se cite la fuente y se envíen dos ejemplares a *Chasqui*.

NOTA A LOS LECTORES

Es la época de las vacas flacas, pero confío en Ud.", me advirtió el Dr. Asdrúbal de la Torre, ex director general del CIESPAL, cuando el 2 de mayo de 1995 me propuso el cargo de editor de *Chasqui*. Y así era: en diciembre de 1994, el auspicio de la Fundación Friedrich Ebert de Alemania había concluido y, por tanto, la revista dejaba de recibir un importante ingreso económico que, durante 14 años, le había convertido en uno de los más importantes proyectos editoriales de Latinoamérica, en el área de la comunicación.

Sí, efectivamente, empezaba la época de las "vacas flacas"... en lo económico, mas no en lo humano pues, además del equipo del CIESPAL, estaba una larga lista de colaboradores, muchos de ellos con un importante prestigio internacional, que constituían el capital humano de *Chasqui*; y centenares de lectores que, no obstante la creciente crisis económica de la región, eran un soporte importante vía suscripciones.

Fue un reto que no dudé en asumir y que me ha marcado en la enorme responsabilidad que implicaba y en la enriquecedora experiencia -personal y profesional- que prometía. Fue un reto tenaz por el prestigio y la calidad de una de las más importantes revistas de comunicación de la región. Han pasado más de 4 años -17 ediciones- y este fundamental ciclo en mi vida llega a su fin. Nuevas tareas, nuevos retos y nuevos caminos que me propongo transitar llaman mi atención.

Al iniciar mi gestión como editor me propuse fortalecer y renovar este espacio como un foro para el debate y la socialización de pensares y sentires en torno al apasionante mundo de la comunicación, desde la perspectiva latinoamericana. Más importante que el balance que yo pueda hacer, está una realidad que los lectores sabrán evaluarla en su verdadera dimensión. En cualquier caso, los resultados corresponden al trabajo de un equipo que a lo largo de estos años me ha acompañado: Martha Rodríguez (asistente de edición), Isaías Sánchez (distribución y ventas), Maggie Zambano y Liz Ruano (secretarías), Manuel Mesa (corrección de estilo). A los que se suman los compañeros de la imprenta quienes, pese a las carencias, cumplieron apropiadamente: Arturo Castañeda, Alfredo Castro, Antonio Macías, Jorge Pérez y Luis González.

Además, está el aporte de incontables colaboradores que con sus textos y consejos han hecho *Chasqui*. Un especial reconocimiento a Manuel Calvo Hernando y su permanente apoyo. También a colaboradores que con asiduidad aparecieron en estas páginas: Valerio Fuenzalida, Susana Velleggia, Carlos Morales, Christian Ferrer, Octavio Getino, Daniel Jones, José L. García, Javier Esteinou Madrid...

Uno de los aspectos importantes en esta época ha sido la "internetización" de *Chasqui*. Esto no habría sido posible sin la incondicional y generosa colaboración de Bruce Girard y Amy Mahan, entrañables amigos y compañeros en la esperanza, quienes crearon y mantienen nuestro *web site*, recurso invaluable para la promoción y proyección de la revista en esta era "ciberspacial".

Me queda la satisfacción del deber cumplido (no solo que *Chasqui* sigue siendo una de las más importantes revistas de la región, sino que ha logrado una mayor presencia fuera de ella) y de las magníficas relaciones que he ido construyendo con los hermanos de Nuestra América, y de otros lares, que comparten conmigo la utopía de democratizar la comunicación para democratizar la sociedad. Todas las páginas que hemos hecho juntos -alrededor de 1.600- han tenido esa intención y espero que hayan contribuido a ello.

Gracias por todo y les invito a mantener el contacto (e-mail: fcheca@ecnet.ec). Un fuerte abrazo.



Fernando Checa Montúfar
Editor

COMUNICACIÓN: ENTRE LA GLOBALIZACIÓN Y LA GLOCALIZACIÓN

El creciente proceso de globalización provoca algunas tensiones, especialmente entre lo global y lo local. Frente al avasallamiento que ello implica, más aún por el debilitamiento del Estado, es necesario fortalecer prácticas regionales y locales hacia la constitución de una ciudadanía y una democracia que enfrenten adecuadamente ese proceso, inevitable y de enormes consecuencias.



LOS DESAFÍOS DEL PERIODISMO INVESTIGATIVO

Para Gabo, "periodismo investigativo" es una expresión redundante. Sin embargo, la realidad y carencias de esta profesión en la región, demandan una capacitación y prácticas investigativas sistemáticas, más aún por la creciente corrupción e impunidad pública y privada.

- 36 La investigación periodística computarizada en América Latina
Pedro Enrique Armendares
- 40 Confidentes e informantes
Fernando Rueda
- 44 Los obstáculos
Eleazar Díaz Rangel
- 47 El derecho de acceso a la información pública en Latinoamérica
Ernesto Villanueva

4 La sociedad de redes (o las redes de la sociedad)
Fernando Mires

20 Medios, periodistas y globalización
Luis Suárez

10 Industrias culturales y globalización
Octavio Getino

24 Más allá de la PC: después de la convergencia digital la divergencia, ¿y qué?
Alejandro Piscitelli

16 Políticas culturales: entre el mercado global y la democracia
Susana Velleggia

28 Globalización de contenidos y últimas tecnologías
Francisco Ficarra

32 De lo barrial a lo global
Judith Gerbaldo



- 50 ¿Patear el tablero o resistir?
Sandra Crucianelli
- 52 El periodismo investigativo en la era digital
Alma Delia Fuentes
- 56 México: el periodismo económico de investigación
Francisco Vidal
- 61 México: contar para cambiar. Jóvenes reporteros de investigación.
Antonio Ruiz Camacho

CIESPAL: 40 AÑOS DE APORTE

Enfoques críticos sobre esta institución pionera, a propósito de sus 40 años de vida.

- 66 CIESPAL: el rescate de las voces del Sur
Cremilda Medina

- 70 CIESPAL: progreso y problema del comunicólogo
Eduardo Meditsch
- 75 La experiencia del CIESPAL en los años 90
Daniel Prieto Castillo

APUNTES

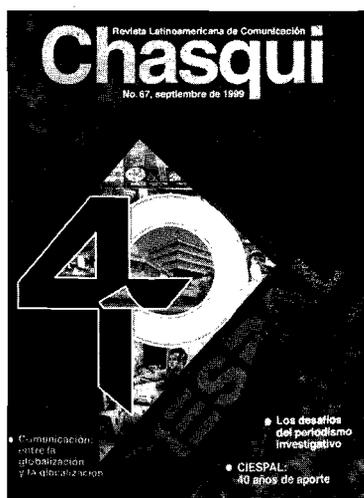
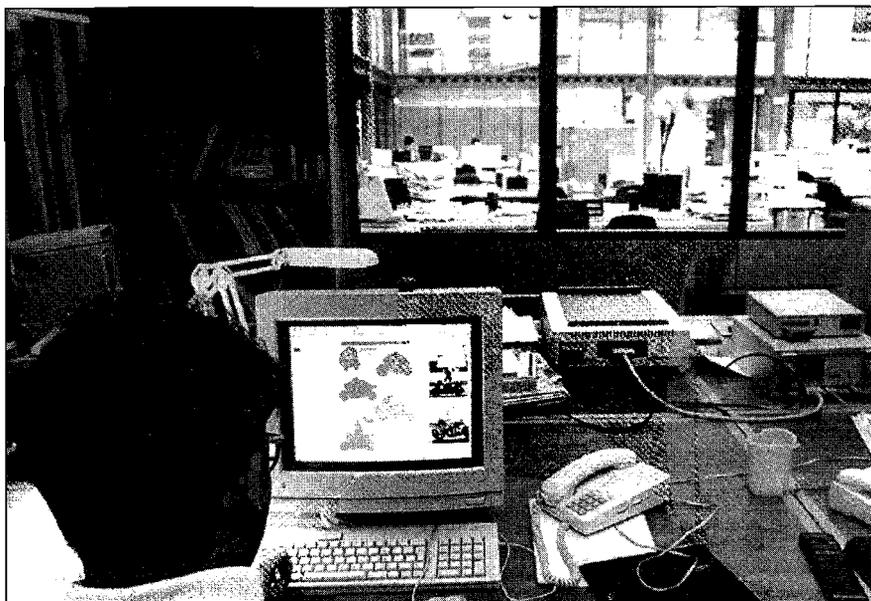
- 79 Sokal, postor
Christian Ferrer
- 83 Cultura, prensa y periodismo cultural
Kintto Lucas

86 NOTICIAS

87 ACTIVIDADES DE CIESPAL

RESEÑAS

- 88 Revistas iberoamericanas de comunicación
Daniel E. Jones
- 91 Reseñas



PORTADA Y CONTRAPORTADA

Diseño: Vinicio Guerrero



Confidentes e informantes



Diana Rodríguez, Colombia

El informante es el que mantiene una relación ocasional con el periodista, el confidente lo hace habitualmente. En cualquier caso, su valor -aunque hay riesgos, sobre todo con el primero- es enorme para el periodista investigador, no obstante el anonimato que los caracteriza. Los móviles de estas fuentes de información son el dinero, la venganza, la justicia (o lo que creen que esta significa)... Aunque su uso plantea dilemas éticos, son muy importantes -según el autor- para cumplir el propósito fundamental del Periodismo de Investigación: sacar a la luz los ilícitos públicos y privados que alguien quiere mantener ocultos, caso contrario, ¿no sería otro el desenlace del caso Watergate sin Garganta Profunda?

La escena es siempre la misma en todas las películas. Dos policías vestidos con trajes usados, bebiendo café y fumando pitillos sin parar, esperan nerviosos dentro de un coche destartalado. Minutos

FERNANDO RUEDA, español. Profesor de Periodismo de Investigación en la Universidad San Pablo-CEU, redactor jefe de la revista *Tiempo*, colaborador de la radio *Onda Cero*.
E-mail: frueda.tiempo@grupozeta.es

después, aparece un hombre sin personalidad, con cualquier síndrome de abstinencia, y se desparrama en el asiento trasero. Intercambia unas pocas palabras con los "polis" y les entrega un insignificante trozo de papel doblado.

Los dos hombres que representan a la Ley comprueban lo que hay escrito en el mensaje y le entregan dinero o droga. El confidente guarda su recompensa y desaparece. Instantes después, los poli-

cías abandonan el vehículo y se dirigen al piso del edificio que el desharrapado les había escrito. Luego, posiblemente a puñetazos, detendrán al malo.

Ellos habrán hecho un gran trabajo. Posiblemente estuvieron durante mucho tiempo siguiendo la pista del criminal. Quizás en otros momentos estuvieron a punto de echarle el guante. Su fortaleza física les ayudó en el momento de la de-

tención. Incluso, las pistolas que llevaban fueron de mucha utilidad. Pero, si todo lo anterior fue necesario para llevar a cabo el trabajo con éxito, sin la presencia del confidente no habrían conseguido nada. Ese hombre al que toda la sociedad considera una escoria, ese hombre que tal vez se drogue, ese hombre que malvive en un caserón sin techo, ese hombre... ha sido clave para el éxito de la operación.

Un periodista detective

A los periodistas nos pasa lo mismo que a los policías, detectives privados o jueces: sin alguien que "cante", que rompa la "ley del silencio", no somos nada. Puede que el profesional que se limita a informar diaria, semanal o mensualmente de los acontecimientos de la vida política, judicial y social, no necesite disponer de confidentes y le baste con tener a su alcance fuentes "normales". Es decir, fuentes institucionales -gabinetes de prensa, por ejemplo- y otras fuentes más privadas como políticos o jueces. Sin duda, para este tipo de periodismo las necesidades son claramente menores.

Es como si el periodismo consistiera en un paseo por el bosque. El periodista informador se limitaría a ir recolectando hojas de los árboles más interesantes o arrancando las setas más bonitas. Por el contrario, muy pegadito a él, el periodista investigador buscaría olores extraños, se pararía en cualquier esquina y cavaría y cavaría hasta encontrar, a cinco o diez metros de profundidad, el tesoro escondido.

Porque el periodista informador lo que transmite es una noticia que está destinada a ser publicada y que nada ni nadie intenta ocultar. Pero el periodista investigador busca precisamente lo contrario: historias que, si no fuera por su duro trabajo, nadie conocería.

El primero entraría en la habitación donde se ha producido un crimen y narraría al día siguiente cómo fue el asesinato, quiénes son los principales sospechosos y algunos datos más. El segundo buscaría causas, conexiones, pistas y, finalmente, no pararía hasta denunciar al asesino.

Es el mismo trabajo, como antes decía, que cumplen el policía o el juez. Sólo que el periodista lo hace para contarlo

en su periódico, revista, radio o televisión, mientras policías y jueces lo hacen para meterlo en prisión.

En este trabajo duro, sacrificado, que en muchos países del mundo supone amenazas si no la muerte, juegan un papel fundamental los informadores o confidentes.

Según el prestigioso periodista de investigación y profesor universitario español Pepe Rodríguez, en su libro *Periodismo de investigación: técnicas y estrategias*, "el informante mantiene una relación ocasional con el periodista, en muchos casos limitada a una simple llamada telefónica o a uno o varios encuentros personales para informar sin más o para pactar con el periodista las condiciones en las que está dispuesto a entregar alguna información, documentación o paquete de documentación ya elaborada. El informante ocasional es una fuente inesperada y, en infinitas ocasiones, de enorme rentabilidad informativa".

El confidente, según el propio Rodríguez, es una fuente "con la que se establece una relación habitual, producto de

El problema es que una parte de ellos disponen de información supervaliosa y si el periodista demuestra ser tan listo como inteligente puede conseguir una gran exclusiva. Para ello deberá demostrar diplomacia y paciencia, seguirle el juego sin perder el control y no publicar jamás ni una sola línea de información sin haberla previamente contrastado.

un trato personal más o menos prolongado. Podría decirse que el informante va en busca de la calidad profesional del periodista, mientras que el confidente, además, busca la calidad humana".

Dinero, venganza, justicia...

El caso Watergate nunca habría acabado con la carrera política del presidente Nixon si "Garganta profunda", el mejor confidente de Bob Woodward y Carl Bernstein, no hubiera "cantado" importante información secreta y les hubiera dirigido por el camino adecuado. Luego intervinieron otras fuentes personales -algunas, seguro que bastante buenas- y, por supuesto, fuentes escritas -facturas, cuentas, documentos oficiales- que corroboraron y dieron credibilidad.

Pero nada, absolutamente nada, de tanto valor periodístico como el testimonio de los confidentes. Y eso que una de las características de estas fuentes, sin duda la más importante, es su anonimato de cara a los lectores, oyentes o televidentes. Porque si su identidad fuera conocida, serían duramente reprendidos. Entre las diversas situaciones que podrían vivir, está que fueran detenidos -si son funcionarios del Estado y están develando información secreta, por ejemplo-, expulsados de su trabajo -si la información que nos ofrecen es de la empresa en la que trabajan y por lo tanto se convierten en trabajadores infieles-, amenazados físicamente -si cuentan datos de la mafia para la que trabajaron- o, más vulgarmente, su mujer podría pedir el divorcio -si están contando sus líos amorosos con un conocido político-.

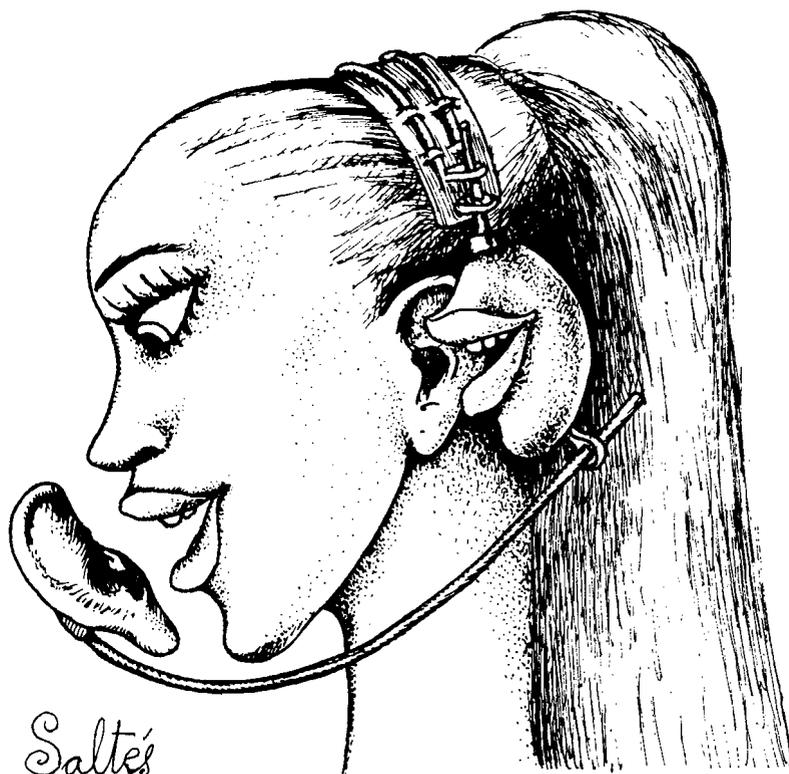
Los móviles que impulsan a los confidentes a acercarse a un periodista son de lo más dispares. Todo vale. Unos vienen simple y llanamente por dinero. Saben -o creen- que tienen una información que vale mucho dinero y solo buscan sacar rentabilidad. Aunque sé que en España, en algunos casos, se ha pagado dinero a cambio de información, por lo general todos los medios de comunicación no aceptamos este tipo de contratos. Muchas personas creen que los medios están dispuestos a pagar millones de pesetas a cambio de informaciones escandalosas, pero casi nunca la información tiene el precio que pretende el confidente. En una parte considerable de los casos, aceptan cifras muy pequeñas. Pero si lo que quieren es dinero, los confidentes

deben irse a otro sitio, porque los medios de comunicación no les van a hacer ricos.

Hace unos años, me visitó en la revista *Tiempo* una elegante señora, con pinta de marquesa, que me pidió doce millones de pesetas a cambio de darme una información escandalosa de un famoso político de derecha. La curiosidad periodística y el deseo de no "dejar escapar a la pieza" me llevó a encerrarme con la señora que rondaba los 50 años durante tres horas. Estaba empeñada en que firmáramos un papel aceptando pagarle el dinero antes de que nos dijera quién era el político al que se refería. Había trampa. Estaba seguro. Al final, la agoté y me reconoció que era una información sobre un político de ...Portugal. Ni se llevó una peseta, ni me llegó a contar nada. Era un simple intento de timarnos.

Otros confidentes actúan por sentimientos de venganza, muy relacionados con el odio a personas o empresas. Es el caso del trabajador que es expulsado injustamente de una empresa o el de la mujer a la que su marido engaña con otras. Este es uno de los casos más usuales y más útiles para el trabajo de investigación periodística. La fuente ha tenido un acceso directo a la información necesaria y obra convencida de que está haciendo justicia.

En España, uno de los grandes escándalos de la etapa democrática fue el protagonizado por Juan Guerra, el hermano de Alfonso Guerra, uno de los más destacados políticos socialistas, que durante muchos años fue el número dos de Felipe González cuando era presidente del Gobierno. Pues bien, diversos periodistas de investigación sacaron a la luz los trapos sucios del hermano del entonces vicepresidente. Lo curioso, pero muy importante para el presente trabajo, es que la fuente originaria de la historia fue la mujer del propio Juan Guerra. Utilizando la licencia literaria, y por no alargarme, lo que sucedió fue que la esposa contrató un investigador privado para saber lo que hacía su marido y descubrió que lo que a ella no le daba se lo daba a otras y no bastándole con eso, se había convertido en un preboste de la política de Andalucía. Con el deseo de hacerle daño, filtró ese informe a la prensa. Años después, Juan Guerra tuvo que hacer frente a varios procesos judiciales impulsados por las denuncias de la prensa.



Otro de los motores que impulsan a los confidentes es el deseo de hacer justicia aunque, para qué negarlo, en bastantes ocasiones su concepto de la justicia es bastante particular. Creen que se están cometiendo desmanes, quieren frenar actitudes despóticas, denunciar tramas negras y cosas así.

El caso más famoso e importante que hemos vivido en España, en las últimas décadas, ha sido el del GAL (Grupos Antiterroristas de Liberación), una trama montada por el Ministerio del Interior español en la pasada etapa socialista, con el fin de hacer frente a la violencia del grupo terrorista vasco ETA. Si pesan condenas judiciales contra un ministro del Interior, varios de sus altos cargos y muchos policías es gracias a la labor de investigación de la prensa. Y, cómo no, a que algunos confidentes se jugaron la vida ofreciendo pistas. No puedo decirlo a ciencia cierta porque desconozco los detalles, pero estoy seguro de que algunos de los confidentes que ofrecieron las primeras informaciones, estaban convencidos de que ese tipo de terrorismo no se debía permitir promovido por el Estado. Es cierto que ellos estaban participando, pero quisieron acabar de la única forma que se les ocurrió: contándoselo a los periodistas.

Si fuéramos exageradamente serios, a esta relación deberíamos añadir miles más. Porque cada uno de los confidentes que se acerca, en cualquier lugar del mundo, a un periodista tiene una motivación personal. Pero dada la extensión de este trabajo nos vamos a limitar a las citadas.

Los riesgos

No obstante, me gustaría hacer una matización que los periodistas no solemos reconocer para no desprestigiarnos, pero que se da con cierta frecuencia en el periodismo de investigación: los confidentes desconocidos.

Son personas que normalmente llaman por teléfono a los periodistas para ofrecerles una importante información, pero que no desean que ni siquiera el profesional conozca su identidad. Dicho en lenguaje vulgar: no se fían ni de su padre. Son fuentes peligrosas para el periodista investigador por dos motivos. En primer lugar, porque sin identificar a las fuentes es más difícil situar la información; y en segundo lugar -y esto me lo dice mi experiencia de más de quince años haciendo periodismo de investigación-, porque a los confidentes hay que mirarles a los ojos, tomar copas con ellos, saber si tienen familia...

El problema es que una parte de ellos disponen de información supervaliosa y si el periodista demuestra ser tan listo como inteligente puede conseguir una gran exclusiva. Para ello deberá demostrar diplomacia y paciencia, seguirle el juego sin perder el control y no publicar jamás ni una sola línea de información sin haberla previamente contrastado.

Durante la guerra del golfo contra Saddam Hussein, una mujer me telefoneó un día. Me aseguró que disponía de información que acreditaba que un empresario español había estado violando durante los años anteriores el bloqueo internacional de armas contra Irak. Durante varias semanas probó mi pericia profesional, puso a prueba mi habilidad para contrastar datos y me sometió a largos interrogatorios sobre mis posturas políticas. Todo por teléfono y tras identificarse con el alias de "Marta".

Finalmente, me hizo llegar por correo un montón de papeles que acreditaban sin lugar a dudas las exportaciones de armas del empresario español y el camino que había seguido para evitar los controles impuestos por el Gobierno.

Tras publicar en *Tiempo* la información, el empresario se querelló contra mí. Lo curioso fue que no dijo en ningún momento que lo que yo publiqué fuera falso, sino que yo... le había robado los papeles o conocía a la persona que lo había he-

cho. Por suerte para mí, cuando la jueza me llamó a declarar le conté que los papeles me habían llegado por correo y no conocía la identidad de quien me los había enviado. Archivé la denuncia, aunque nunca supe si realmente me creyó o pensó que era una estratagema para proteger a mi fuente. Lo llamativo periodísticamente era que todo lo que le dije fue cierto.

Lo verdaderamente importante

Una discusión se plantea en la sociedad española, y en la de cualquier país del mundo: si es éticamente admisible que unas personas resentidas, unas malas personas, unas personas que han participado en los delitos, unas personas que actúan por dinero, sean aceptadas por un periodista de investigación y se publiquen sus revelaciones.

El periodista español Miguel Angel Nieto, en su libro *Cazadores de noticias*, en el que cuenta cómo se descubrieron los grandes escándalos de la democracia, crea el término "juguetes rotos" para referirse a un tipo de fuentes que se caracterizan por sentirse abandonados y maltratados y que como consecuencia directa de ello se deciden a colaborar con la prensa. Son personas que sentían que lo tenían todo y que por diversos motivos lo han perdido. Necesitan hablar, denunciar a sus enemigos. Sin ellos quererlo se

han convertido en fuentes potenciales, en "juguetes rotos".

Yo defiendo que la importancia del periodismo de investigación reside en la publicación de historias que saquen a la luz corrupciones que instituciones públicas o privadas y personalidades de todo tipo tratan de ocultar, para dar oportunidad a la sociedad a fin de que ponga en marcha sus mecanismos de autodefensa y poner fin al caso denunciado. Lo que menos importa es la motivación que lleva al confidente a facilitar la información.

Además, hay un detalle importante que los no iniciados en el periodismo parecen desconocer. Los confidentes pueden ser el origen o el soporte de muchas informaciones, pero en ningún caso un periodista puede publicar una historia sin haber contrastado sobradamente los datos que va a develar. Si lo hace, todo lo que cuenta es responsabilidad del profesional y lo importante es el contenido de lo que se denuncia.

Ahora bien, los poderes -tanto públicos como privados- que son denunciados por los periodistas de investigación, tienen la necesidad de defenderse frente a las informaciones que les implican en corruptelas. A veces, el camino es acusar a los periodistas de servir a intereses ocultos, pero cada vez es más frecuente -y este es el tema que nos ocupa- arremeter contra las supuestas fuentes. Para ello las desprestigian recordando su desordenada vida familiar, su participación en crímenes, su colaboración con personas pertenecientes a los sectores más tenebrosos de la sociedad y cosas así. Como he dicho, olvidan que lo importante en la información ya publicada no es la fuente, sino los datos que se aportan.

¿Es que se puede tomar en serio y darle alguna importancia al hecho de que la fuente que destapó la financiación irregular del PSOE fuera un contable al que no quisieron darle dinero los socialistas? Puede que fuera una mala persona, un chantajeador o cualquier otra cosa. Pero el hecho cierto es que ofreció a la prensa los papeles que demostraban esa financiación ilegal. La información que salió publicada demostraba el delito. Que el "juguete roto" fuera uno de los corruptos daba exactamente lo mismo. ¿Cómo se podría acabar con las bandas mafiosas organizadas si no se pudiera disponer de uno de ellos que se aliara con la Policía para meter al resto en prisión? ●



Texto periodístico escrito por Horacio Verbitsky a base, especialmente, de las confesiones del capitán Francisco Scilingo sobre los "vuelos" que arrojaban a presos políticos vivos en el Atlántico en los años 70.